

Si siempre estuviésemos bañadas en abundante y rico plasma de la sangre, no cesaríamos de funcionar, y en breve se agotarían nuestras fuerzas; la inflamación se declararía en los vasos, se propagaría á la *neuroglia*, y nosotros pereceríamos en el seno de un *reblandecimiento rojo*. Necesitamos, pues, descanso, y éste lo hallamos cuando las corrientes sanguíneas son menos impetuosas hacia nuestra circunscripción topográfica. No obstante, si la *isquemia* durase mucho, nuestro protoplasma no tardaría en trocarse en albúmina granulosa, y en breve no sería más que materia grasienta, útil tan sólo para fabricar jabón.

» No pienses (añadió), que eso que digo lo invente mi fantasía: tan cierto es, como que yo misma he presenciado estas transformaciones y aun me ha tocado desempeñar cierto papel en la *escena morbosa*. Mira: este cerebro en que te encuentras, esta rica y al parecer bien gobernada urbe, ha adolecido de *alienación*, y aun hoy día conserva un buen grado de su antigua *chifladura* ».

Al oír estas palabras dí un brinco que hizo chocar mi coronilla contra uno de los cuernos del *cuerno calloso*, y, lleno de espanto, traté de escurrirme por la puerta de Monró.

« No te asustes (repuso *Fosforita*), la *resania* ya no es hoy ofensiva, pues la *mania melancólica aguda*, se ha convertido en una *locura sistematizada*; la cual, si algo se prolonga la vida de este individuo, parará en *demencia*, exaltada ó estúpida.

» Mira como se inició el conflicto patológico y de que manera se fué desplegando lo que los de ahí fuera llaman *el proceso morboso*.

» El padre de este individuo murió apoplético y su madre fué una histérica que dió mucho que hablar por sus sensiblerías y flaquezas carnales. El interesado vivió célibe hasta los 40 años. Tenía bienes de fortuna, pero no oficio ni carrera. Carecía, pues, á un tiempo de aptitud y de apetencia para el trabajo; y así, por vía de pasatiempo, al asomarle las primeras canas, tomó el partido de casarse con una linda modistilla de 18 años, de sangre roja y caliente, de corazón multi-ocular y con nervios más electro-positivos que los de una rana galvánica. A las 15 lunas de entre *miel* y *própolis*, de resultas de una *caída en blando* que hubo de tener su lindísima costilla, este individuo se vió atacado de una exuberancia ebúrnea en la elevación frontal media. Un médico recién-salido del aula, halló la manera de suavizar y reblandecer; con resolutivos y fundentes, el incipiente osteoma craniano. La neoplasia, no obstante, debió hacer progresos por el lado de la tabla interna del frontal, y fué el caso que nuestro hombre se vió molestado por intensas cefalalgias supra-orbitarias, que le ahuyentaban el sueño. Aquí, en este mismo hemisferio, junto á la *circunvolución de Rolando*, se armaban todas las noches las grescas más infernales. Aparecía una mujer desnuda, un tálamo conyugal manchado por el deshonor, un bigote de pelo de tejón y un puñal blandido por una mano ensangrentada, ensartando dos corazones de cieno. La sangre acudía á borbotones á la *circunvolución rolándica*; el plasma, fuertemente teñido de *hematina*, coloreaba las células de aquel departamento; oíanse gritos de *¡pérfida!* *¡infel!* *¡perjura!*, amenazas de muerte y exterminio, y se expedían frecuentes telegramas al ventrículo medio, ordenando silencio á los instintos de conservación y reparación. A menudo, en el seno de la conciencia, resonaban estas palabras: « Eres un

desdichado ; la vida es una senda de abrojos ; no tienes fuerzas para soportar el peso de tu existencia : ¡ mátate ! mátate !, la muerte es el opio eterno de los grades dolores.

» Allá en donde nacían estas voces de suicidio (yo lo ví), no había más que celdillas pálidas ; en vez de hallarse éstas rodeadas de plasma nutritivo, nadaban en una serosidad turbia.

» ¡ Qué contraste ! De una parte, sangre en exceso, y con ella, ideación y efectos exaltados maníacos, delirantes ; de otra parte, anemia y edema, y por ello tristeza, melancolía é impulsiones suicidas.

» Cuanto padecimos los *cerebropolitanos* mientras duraron estos desórdenes, aun los que nos hallábamnos más distantes de los focos de la insurrección, no es para contado. Semanas y más semanas en vela ; abstinencia absoluta, que nos abatía hasta el deliquio ; ruidos por dentro, sombras por fuera, cavilaciones incesantes, ilusiones en todos los sentidos, juicios disparatados, raciocinios inconexos, sentimientos acanallados, pasiones en desorden y en todas partes *horror, terror y furor*.

» Aun durarían estos disturbios si no hubiésemos tomado una resolución extrema. Nos reunimos en el ventrículo todos cuantos no nos hallábamnos comprometidos en la revolución vesánica, y, previa una información sumárisima, adoptamos el partido de aislarnos por completo de la *circunvolución de Rolando*.

» Al efecto, ya que no podíamos cortarlas, pusimos un poco de grasa en los tubos fibrilares de comunicación, con lo cual aquel barrio quedó abandonado á su propio y fatal destino.

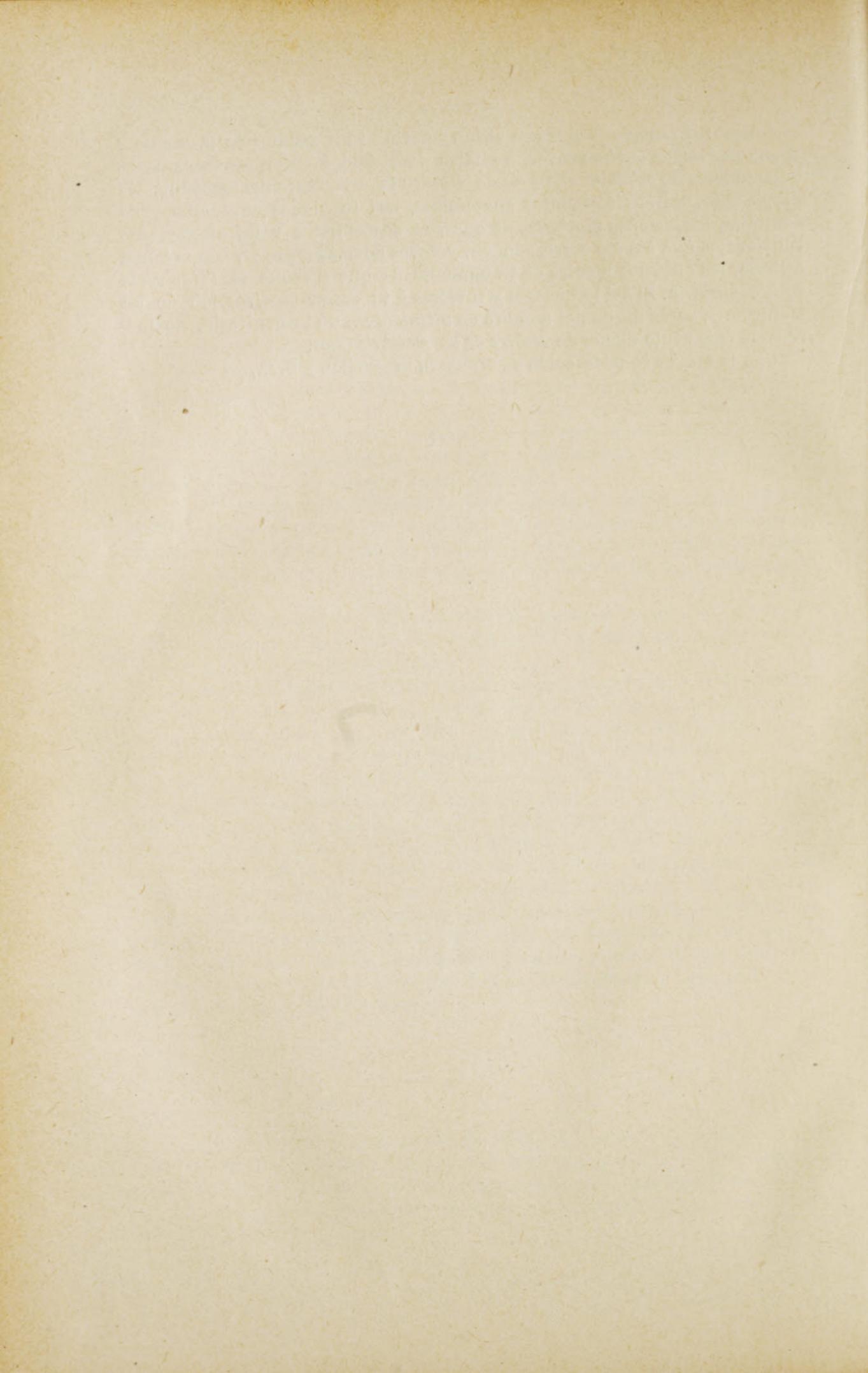
» Míralo desde aquí : aquella urbe en que se contaban más de dos millones de viviendas, apenas tiene hoy unas cuantas docenas de celdillas ; todas son pequeñas, granulosas y su núcleo es muy diminuto. Entre ellas se ve serpentear uno que otro vasito capilar, aplastado y remendado en varios puntos ; en cambio, sobre-abunda y es muy dura la *neuroglia* (los anatómicos de la Patología dirían que hay *esclerosis*). Entre las celdillas arruinadas, aparecen unas vejiguillas, ó, por mejor decir, unas gotas de grasa amarillenta ; cada una de estas gotas es el cadáver descompuesto de uno de estos organismos celulares y producto de exceso de riego inflamatorio ó de la *isquemia*, por compresión de los vasos capilares. En algunos puntos se ven espacios vacíos (antes estaban repletos de grasa, pero esta fué reabsorbida y aun quedan los moldes de las gotas). Toda la *circunvolución de Rolando*, es menos voluminosa en este hemisferio que en el opuesto ; es que han desaparecido la mayor parte de las celdillas que la formaban, y hay en ella pocos vasos que la provean de sangre ».

.....
.....
.....
Aquí concluyó *Fosforita* sus interesantes referencias ; y yo, Lector, doy también fin á este *Epílogo*, pues no otra cosa se me alcanza de la *Anatomía patológica* de la alienación mental, por más que me consta que otras muchas y muy interesantes cosas sobre esta materia han escrito los ilustres frenópatas de nuestros tiempos.

Lector: si quieres juzgar con algún acierto de los dislates de la mente y si anhelas ser de algún provecho á tales desdichados enfermos, no puedes desatenderte de estudiar con grande esmero la estructura del encéfalo, las propiedades de sus elementos anatómicos, sus funciones de detalle y de conjunto, las lesiones morbosas de que son susceptibles y las alteraciones funcionales que á éstas corresponden, y debes además ensayar, con racional criterio, los distintos medios de tratamiento de que dispone la *Psiquiatria* contemporánea. Si así lo hicieres y tuvieres á tu cargo la dirección de un Manicomio, serás digno del nombre de *alienista*;... de lo contrario, no merecerás otro título que el de *Maitre de un Hotel de locos*.

Con la mayor consideración se ofrece tu afectísimo y S. S.,

LUDOVICO DROMOS.



LA FAMILIA DE LOS ONKOS

NOVELA Ó FANTASÍA HUMORÍSTICA
DE CARÁCTER CLÍNICO, ESCRITA PARA RECREO, UTILIDAD Y ORNATO
DE PROFESORES Y ESCOLARES DE LA NOBLE CIENCIA
Y PROVECHOSO ARTE DE CURAR

FOR EL

DR. D. HISTÓGENES MICOLINI

Comendador de número
de la Real y distinguida Orden Americana de la Telangiectasia y del Pigmento
y Catedrático (por oposición del Gobierno) en la Facultad de Cirugía
de Santa Bárbara (que truena), en Trauma Chirona.

Traducida del volapük al castellano, con libertad y uso de los derechos individuales

FOR EL

DR. D. JUAN GINÉ Y PARTAGÁS

Catedrático de Clínica Quirúrgica en la Universidad
de Barcelona

PRECEDIDA DE UN PRÓLOGO CELESTE FOR EL

DR. D. LUIS COMENGE

1888

AL QUE DUDARE

de la autenticidad del original que motiva la presente libérrima traducción, bastará decirle: que Autor y Traductor se han entendido tan perfectamente, que han confundido su trabajo en una sola empresa. Esto ha sido á causa de que habiendo el DR. MICOLINI escrito su interesante novela en «volapük», consideráronla de su propiedad varios comerciantes, y la hallaron buena para la circulación universal; por lo cual, D. HISTÓGENES (previamente escamado), viendo que los de Mercurio no se apresuraban á hacerle fondos con que pagar su trabajo y la impresión, decidió acogerse á los leales propósitos de éste su íntimo y afectísimo coexistente y admirador,

Juan Giné y Partagás.

PRÓLOGO

Es añeja costumbre, lector amigo, la de que los libros ostenten y luzcan, yo no sé si con razón ó sin ella, aunque me inclino á lo último, una especie de telón á guisa de babero ó mandil escrito, el cual tiene por objeto presentar al público, exornado de cierta autoridad, el trabajo que, con pena del bolsillo de autor y lectores, hace su salida al público, dando no pocas veces motivo de arrepentimiento en uno y otros.

Como al Dr. Giné le sobran crédito y autoridad científicos, es muy cierto que huelga el prólogo, hoja de parra con que suelen taparse, ora la modestia, ya la ignorancia, en ocasiones el mérito y en no pocas la mentecatez.

La amistad del Dr. Giné me pide un escrito, y como sus deseos son para mí decretos, allá vá mi prefacio ó lo que resultare, que ya no estoy cierto de lo que he de decir; pero conste que no soy el único culpable en este sin igual atrevimiento, en el cual has de ver, lector benévolo, el mundo al revés, es decir, un prologuista que se vale de la ocasión y se muestra al mundo asido á los faldones de un famoso escritor médico, tan laborioso y erudito, como querido y respetado de propios y extraños, y que á la sombra del menor de sus laureles podría yo dormir, muy holgadamente, las siestas que empleo en dar tormento á los cajistas.

Repito, pues, que este prefacio es totalmente inútil tratándose del autor de *Un viaje á Cerebrópolis* y de una producción amenísima é instructiva como *La Familia de los Onkos*.

Y con esta firmísima convicción y lo exiguo de mis dotes, véome en el empeño de escribir algunas cuartillas que sirvan de humildísimo pórtico á la obra de mi respetable amigo...

Mas una vez en el atolladero, procuraré salir de la mejor manera, hablando; de quién mejor! del autor de este nuevo Jacob de la numerosa *Familia Onkológica*.

La inteligencia de mi buen amigo el Dr. Giné es una especie de humana candiotera donde hierve el ingenio, se purifica el talento, se espuma la inventiva, conservando los bríos de juveniles tiempos, de donde nace ese atractivo, ese aromoso *bouquet* de todas sus producciones.

Como escritor, es fecundo, inagotable; como artista, fogoso, arrojado y ávido de poner su planta junto á la de los más fervientes obreros de la civilización y del progreso; sus numerosos libros garantizan la verdad de mis asertos y aun lo parco de mis juicios.

A medida que este hombre adelanta en la carrera de los años, aumenta su entusiasmo por la ciencia y su propio valer.

Una de las cosas que admiro y envidio en el Catedrático de la Universidad de Barcelona, es la flexibilidad de su talento, causa de sus increíbles aptitudes y de la variedad de aspectos de su saber, que verdaderamente maravillan y suspenden.

Y ¡cómo escribe! Esto es lo portentoso.

En medio de las penosas tareas de una visita abrumadora por lo numerosa; á pesar de sus perentorias obligaciones en el Manicomio, de sus deberes como maestro, de sus continuas labores periodísticas, atenciones de familia y quehaceres políticos, D. Juan halla medio de escribir libros, que por desgracia, no todos salen á luz.

Su imaginación es un torbellino, su comprensión rápida, sus acciones vehementes y su palabra fogosa. En su cuerpo ágil é inquieto parece que la actividad quiso encarnarse.

Estas singulares condiciones explican sobradamente que á este hombre singular no le deje tiempo el ímpetu de su bizarra imaginación, sino para expresar las ideas con la frescura y naturalidad con que surgen del cerebro, sin retoques, limaduras, afeites literarios, ni artificios retóricos, empalagosos y cansinos que, á las veces, sirven para ocultar el exiguo valor de los pensamientos.

Dos objetos capitales ha propuesto el Dr. Giné en su libro *La Familia de los Onkos*: espaciar el ánimo é instruir al lector; propósitos que aconsejó Horacio, buscó el inmortal Fedro, y que D. Juan ha conseguido, á mi modo de ver, de cumplida manera.

Si cae en tus manos, amigo lector, el presente libro, no lo arrojes, ya que tanto promete, léetelo hasta el fin, que yo te fio no habrá de pesarte el tiempo que en ello inviertas.

Comprende la Patología humana dos puntos esencialísimos: la inflamación y los tumores, que se reducen al tipo de la neoplasia con sus innúmeras especies y variedades, cuya distinción y conocimiento tantos sinsabores producen al atareado escolar y no pocas bascas á los profesores. El laberinto de *itis* y *omas* necesitaba del ingenio del Dr. Giné, para que en forma agradable y suavísima, diera á los médicos el hilo y la pauta que facilitasen tan complicado estudio.

El autor urde, plantea y termina una novela cuyos personajes son las principales especies neoplásicas y neoplásmicas, las cuales se expresan, comportan y mueven según su naturaleza y complexión, pero con perfiles humanos para hacer más agradable y atractiva la lectura.

El recurso ni es extraño ni nuevo. Desde que Esopo hizo hablar á las ranas, Turmeda al asno, Fray Luis de León á los ríos y otros escritores á más mudas cosas, autorizado queda todo escritor de viva inteligencia para regalar á los elementos anatómicos lenguas y laringes con que pronunciar lindas frases, amenos discursos y atinadas reflexiones con que deleitar é instruir al lector.

La presente obrita y el donoso *Viaje á Cerebrópolis* enseñan que dicho procedimiento es idóneo para conseguir los fines que persigue D. Juan Giné.

Y buena prueba de ello es la siguiente epístola suscrita por personas autorizadísimas en asuntos médicos, y que viene como pedrada en ojo de boticario á poner término y remate á este insulso prefacio, por el cual á las claras se descubre que no estoy muy práctico en lo de hacer prólogos, y que en esta ocasión no acerté á ponerle el cascabel al gato.

Y vamos al grano, esto es, á la epístola, rogándote, benévolo lector, que no seas desconfiado teniéndola por apócrifa, ya que, según sentencia de Quintiliano, el mayor de los males es la condición maliciosa.

Carta que el Dr. Juan Fragoso envía á D. Juan Giné y Partagás.



Sr. D. Juan Giné:

Mi señor y dueño: Como por dicha de su merced no es esta la primera misiva que desde el cielo llega á sus manos, no siento temor alguno de que se muestre sorprendido y temeroso con la presente. El camino que las otras trujeron, traerá esta; el motivo es vuestro ingenio, y el fin dar á vuestra merced mi parabién; pero esto último con hartas veras para que se entienda de raíz el mérito de su libro.

Cuando yo, querido maestro, arrastraba mi cuerpo de tierra por ese mundo de lodo (y ya linda con los tres siglos), mi profesión é inclinaciones condujéronme al extremo de componer libros, los cuales por gozar de más grande estimación que la justa, se reimprimieron varias veces y aun se hicieron con todos ellos ediciones completas, de que se han salvado ejemplares de manos de especieros, que son los que en mal hora consumen no pocos libros vetustos.

Digo, pues, que así como Juan Valverde, el anatómico, compuso un libro acerca de la máquina del Cuerpo y el Cirujano Daza, el que curó á Cercantes, imprimió otro sobre Cirugía, y ambos en lengua castellana, saqué yo á luz mis obras completas en vulgar romance, porque aunque era la verdad que la nueva premática que entonces regia, obligaba á los cirujanos á ser latinos y médicos, había muchos romancistas que no entendían de latines, y en punto á Cirugía, estaban tan necesitados de saber como sobrados de ignorar. Cuanto más que es envidia que el bien no sea común, y pues que graves varones escribieron no cosas vulgares en su lengua vulgar, no juzgué bueno para el bien común publicar en idioma de nuestra nación mis libros, aunque la novedad me trujese enemigos, que todos venimos obligados á servir al pueblo del mejor modo y manera.

Lo que debo á la celestial morada donde habito no me deja entrar en detalles que á mi persona y escritos atañen; vuestra merced conocerá, como varón discreto, una y otros; éstos contienen errores para los días presentes; pero á lo que infero, sirvieron no poco allá en mis días, aunque esto no se compadezca con lo que dijeron adversarios envidiosos que me motejaron, señalándome el defecto de poner yo al alcance de todos cosas tan altas como la Cirugía, no escribiéndolas en latín como era uso y costumbre.

Acaso á vuestra merced le toque alguna china por este concepto; pero si le acusan como á mí de vulgarizar la ciencia y de tratar con donaire cosas graves, entienda mi Sr. D. Juan que tal acusación equivale á honra, que por enseñar al que no sabe, nadie merece reproches, pero sí plácemes y de los más cumplidos.

No que en mi tiempo me ocupe mucho, D. Juan de mis entrañas, de curar llagas viejas y recientes, de medicina legal, entonces poco ó nada conocida, sólo di á los tumores la poca importancia que por aquella fecha les concediera.

En mis dias se creía que el negocio principal de un Cirujano consistía en sacar la pelota, sacar las heridas de arcabuz y discutir de ácidos, humores y melancolías bien escuramente.

Decíamos que las hinchazones ó eran inflamaciones, ó tumores ó apostemas. Las primeras proventan de copia de humor caliente, que corre á las partes carnosas; los segundos, de humores fríos, y la apostema era lo que hoy se llama absceso, sólo que nosotros admitíamos en esta clase á los lipomas.

De suerte que el tumor proeternatura decíamos que era hinchazón sobrevenida en un miembro ó partícula por corrimiento de humor frío, y cuya esencia consistía en mala complexión y mala composición.

La diferencia en los tumores la fundábamos en la materia que en la hinchazón se hacía; así la ventosidad, la flema, la sangre, la cólera y la melancolía, producían respectivamente tumor ventoso, edema ó undimia, flemón, erisipela y schirro ó cancro. Pero conviene saber que á lo mejor se mezclan los humores y toma el tumor el nombre de la materia que predomina ó más abunda. Mas si al formado por sangre y cólera llamábamos flemón erisipelatode, al de sangre y flema, ésta más abundante, llamarse ha flemón edematoso, si melancolía y sangre más abundante ésta, flemón schirroso; si la melancolía se mezcla con la cólera y vence la primera, llamarse ha el tumor schirro erisipelatoso, et sic de coeteris, como bien sabe vuestra merced ó habrá leído en libros de mis tiempos.

Mas sí que tornando á decir, de común sentencia con Arabes y Griegos, admitíamos cuatro tumores cardinales á que se reducían todos los demás, conviene á saber: flemón, erisipela, edema y schirro.

Reducíanse á este último ó se consideraban como variedades del mismo, la elefantiasis, la lepra, la sarna, las verrugas, los clavos, los callos, barros, etc., por ser engendrados por melancolía, y es de advertir que estos tumores suelen dar picazón ó dolor muy bravo, singularmente cuando se asientan en el almocatín ó periostio.

Y dígole todo esto, mi señor maestro, para que mejor se vea la sorpresa y el asombro que han producido sus donosos párrafos henchidos de nuevos y útiles conocimientos. Sólo que entreveo para mañana lucha encarnizada en la Oncología, entre el microbio y la célula, lucha que indica que aún no están en esa tierra al cabo de todas las cuestiones y que á su merced le está reservado cantar la susodicha batalla que á mi juicio no tardará en darse.

Hanme dicho algunos, que aquí llegaron, que sois cirujano experto, de mano pronta y eficaz; y en verdad que esto ya me rinde en su pro, por aquello de primo loco chirurgi fuit, y me represento á su merced adornado de aquellas partes que brillan en todo buen profesor y cirujano de buena cepa; y me le imagino, como sin duda es, docto, práctico y ejercitado; agudo de ingenio y de buenas costumbres, ameno en la conversación, persuasivo en las razones; osado y atrevido en las cosas seguras y prontas; no presto en las dudosas; de clara vista; manos firmes y delicadas; llano, amoroso y cortés con los enfermos, ya que la aspereza ayenta y enfada; manso y fácil con los de su arte, prudente y cauteloso en el pronosticar, pues no hay más cierto pronóstico que no prometer nada cierto, y todas estas virtudes garantiza que las poseéis, las muchas curas y exquisitos libros de su merced.

No deseo que vuestra merced venga á este gran troje de aburrimiento y monotonía, donde para venir preciso es dejar la vida, que aunque poco, algo vale; pero en Dios y en mi ánima os aseguro, y bien puede creerme, que deseo ver á vuestra merced de cerca y conocer sus buenas partes.

Con el tiempo transcurrido en el ocio, mi pluma hace vuelto tarda y mohosa é impropia para dirigir cartas como su merced merece y su último libro pide; pero en el supuesto de que nada valga esta misiva (y esta es la verdad), tan sincera es mi buena

voluntad hacia su merced, que os mando la dádiva que, si es pequeña, ella se agrandará y adquirirá nobleza con su benigna aceptación, que en ella están los quilates de esta misiva, la cual, como la ofrenda de la Viuda, de que nos habla el Evangelio, no vale dos dineros; pero si fuere de vuestro agrado y del de los lectores, los dineros se convertirán en tesoros incontables.

En suma, señor mío, reciba su merced mi parabién por vuestra postrimera composición, bizarra muestra de vuestro saber y bravo alarde de un ingenio peregrino, y sepa que pondré sobre las niñas de mis ojos el nombre de tan singular maestro, como es vuesa merced, y no deje de hacerme sabidor de los nuevos libros que su inteligencia dé á luz y salgan á la estampa.

¡Quieran los Cielos que en plazo breve no recuerde su bolsa el sacrificio que hoy hace, dando al público libro tan ameno y costoso.

De su merced devoto servidor,

JUAN FRAGOSO (de Toledo).

Dada en la Gloria y en el año del Señor de MDCCCLXXXVII.

Post scriptum. — *Leída la presente epístola en gran corro de profesores ilustres que moran, como yo, en esta celeste mansión, aceptáronla luego, y para que no quede la menor duda de su felicitación á D. Juan Giné, firman de su puño y letra todos los Juanes famosos, españoles de nación, que no estando de servicio, conocen el libro intitulado «La Familia de los Onkos».*

Juan de Aviñón. — Juan Bruguera. — Joan Pere. — Juan de Valencia. — Juan Llopis. — Juan Sobrarias. — Juan Fa'cón. — Juan Lorenzo Carnicer. — Juan Almenar. — Juan Navas. — Juan Valverde de Amusco. — Juan de Dios Huarte y Navarro. — Juan Tomás Porcel. — Juan Sánchez Valdés de la Plata. — Juan Bautista Monardes. — Juan de Xarava. — Juan Giménez Gil. — Juan Antonio Villafranca. — Juan Aguilera. — Juan Bravo de Piedrahita. — Juan Arce. — Juan Rodrigo de Castelblanco (Amato Lusitano). — Juan López de Tudela. — Juan Cornejo. — Juan Cárdenas. — Juan Cálco. — Juan Monso de los Ruices Fontecha. — Juan de Sosa Sotomayor. — Juan de Villareal. — Juan Sorapán de Rieros. — Juan de Castro. — Juan de Solo. — Juan Carlos Amat. — Juan Gutiérrez Godoy. — Juan Gallego de la Serna. — Juan Francisco Rossell. — Juan Núñez de Castro. — Juan Bautista Navarro. — Juan Bataller. — Juan del Castillo. — Juan Bautista Drivai. — Juan Duarte. — Juan Nieto Valcárcel. — Juan-Ramírez de Arellano. — Juan Zaldueño. — Juan de la Torre Barcárcel. — Juan Bravo Chamizo. — Juan Briones. — Juan Alemany. — Juan de Saavedra.

Por la copia,
LUIS COMENGE.

LA FAMILIA DE LOS ONKOS.

« Delectando pariterque monendo ».
HORACIO.

CAPÍTULO I

LOS DE ITIS Y LOS DE OMA

Cabe á los confines del hermoso reino de Higiea, allá donde esparcen gratisimos aromas y lucen sus esplendentes galas la Templanza, la Gimnasia, la Cultura, la Libertad y la Civilización moderna, se levantan dos grandes cordilleras de montañas, pobladas de maleza, abundantes en barrancos, precipicios y negras cavernas, en donde se albergan las más horribles alimañas. *Gangrenas* de enormes escaras, áridas ó infiltradas de jugos putrefactos; asquerosos *Esfacelos*, de aspecto de pulpos blancos, fuertemente adherentes y con larguísimas melenas impregnadas de pus fétido y sanguinolento; *Fagedenismos* hambrientos y rabiosos, de cuyas encías chorrea rutilante sangre arterial; *Algias* plañideras, que impiden el descanso y ahuyentan sin cesar el sueño, y, en fin, gigantescas *Hipertrofias*, que aplastan y quebrantan cuanto tocan ó hallan próximo;... tal es la terrible fauna que pulula en las fragosas selvas de *Itis* y de *Oma*.

Itis y *Oma* son dos reinos importantísimos del vasto imperio de *Chirón*, cuya metrópoli, suntuosa y bien artillada, radica en la histórica isla de *Trauma*.

Con todo y ser vecinos los reinos de *Itis* y *Oma*, y presentar entre sí analogías tan chocantes y numerosas que más de cuatro viajeros, poco expertos, los han confundido, ofrecen condiciones topográficas y climatológicas esencialmente distintas, y sus moradores afectan aspectos y costumbres muy diversos. Preténdese que, á pesar de antiguas é incesantes enemistades y querellas entre uno y otro reino, muchas familias de *Itis* y de *Oma* han entroncado, y que, de resultas, en el día de hoy, no obstante muchas y exquisitas investigaciones etnológicas, es en muchos casos difícil deslindar la respectiva casta de los moradores.

He aquí una muestra :

En la plaza de la *Clinica*, situada en el punto más elevado del reino de *Itis*, que es el centro de la ciudad de *Flox* — á 3,000 metros sobre el nivel del mar, — armóse pendencia acerca de la alcurnia y nacimiento de un vecino — cuyo nombre por ahora no hace al caso, — el cual, por haberse hecho rico en poco tiempo, quizás por su buen ingenio y prudentes economías, era mirado de reojo por la exaltada muchedumbre que concurría habitualmente á la taberna que en la plaza había.

— ¿A qué viniste aquí, tío Quelonio? — decían unos. — ¿Con qué títulos, mala posma, te adornas con la grana de la generosa *Flógosis*? No lo disimules, bien se te conoce : tu giba descubre que eres forastero... ¡La giba, la fea giba de *Oma*! —añadían otros, en son de reproche.

— Vaya, ciudadanos — repuso el agredido, con una sorna capaz de hacer entrar en ebullición á las materias pituitosas de los insolentes, — apuesto un almuerzo de leucocitos y bacterias consumido á buena cara, á que entre vosotros, entre los que blasonáis de ardientes patriotas, se halla más de un *Rigoletto* que se pone y quita la giba cuando le parece y le conviene, y hasta muda de vestido al final del tercer acto.

— ¡Calle el destemplado !

— ¿Por qué habría de callar, si aun no he dicho lo más substancioso?

— ¡Cállese !

— Pues no callo : ahí va mi cédula domiciliaria, y la patente de mis derechos á la ciudadanía de *Itis*. Leed : *Tumor, Color, Dolor y Ardor*.

A la vista de este documento, expedido en debida forma, firmado y rubricado con tinta roja, por la Delegación de Celso, la turba exaltada se aparta y forma semicírculo ante el orador, dispuestos todos á escucharle.

— « Señores : una de las principales y lamentables desavenencias que ocurren entre los honrados y laboriosos ciudadanos de *Itis*, consiste en la eterna manía de las gibas. ¿Por qué se tiene tanto horror, tan secular aversión, á esas proeminencias? Porque se ha creído que este aditamento — que será más ó menos ridículo y antiestético según y como se mire, — es propio, característico y exclusivo de nuestros implacables rivales los moradores de *Oma*. Es preciso ilustrar este punto, disipar errores muy añejos y combatir preocupaciones seculares que ofuscan nuestro juicio, malencaminan el sentido moral y exaltan nuestras pasiones.

» No digo yo que los de *Oma* sean cosa buena, ni pretendo que entre ellos y nosotros deban consentirse tratos ni mucho menos intimidades ; pero, por lo mismo que estimo conveniente que cada mochuelo se sostenga en su olivo, deseo que no se proceda de ligero en asunto tan vidrioso.

» A mí, que tengo la honra de ser uno de los miembros de mayor arraigo de nuestro Municipio, habéis estado á punto de atropellarme, sólo porque habéis advertido que llevo giba, que formo bulto... ¡Desdichados! ¿No dijo papá Celso, *tumor, rubor, calor, dolor inflamatio designant*? Si *tumor* es lo primero, ¿por qué denostáis al tumor? ¿Por qué odiáis sistemáticamente á la giba?

» Diréis que la mayoría de los ciudadanos de *Itis* no son gibosos, y que el serlo indica afinidades con los de *Oma* ;... pero ¿pensáis acaso que todos los vecinos de *Oma* son jorobados? Y entre nosotros mismos, ¿cuántos hay que un día se joroban y al siguiente se aplanan ó revientan como condenados, de miedo de que les chupen anélidos ó les pinche un cirujano.

» Hay, pues, gibas y gibas, y es preciso distinguir : hay gibas de la sangre y gibas de la carne. Nosotros somos hijos de la sangre : las nuestras son las gibas del patriotismo, de la sangre, del calor y del color : la generosa enseña de la *Diosa Flógosis*. »

— Ciudadanos : ¡ vivan las gibas hemáticas !

— ¡ Vivan !

— ¡ Viva la inflamación aguda y franca !

— ¡ Viva !

— ¡ Viva Flógosis !

— ¡ Viva !

— ¡ Mueran las gibas frías y los microbios intracelulares !

Muchas voces. — ¡ Mueran !

Una voz de bajo y sabio profundo. — Distingo y protesto.

CAPÍTULO II

DE CÓMO SE ORIGINA UN PATRIOTA

Lector : á ti te interesará saber quién era el patriota jorobado que tan ardoroso y filosófico discurso pronunció en la plaza de la Clínica, el día 16 de Marzo de 18... A mí también me importa que lo sepas, pues no quiero que taches de inoportuno en esta historia el largo episodio que acabo de contarte para probar que, en tanto es posible confundir los vecinos de *Itis* con los de *Oma*, que ni ellos mismos, en dadas ocasiones, aciertan á distinguirse. Si la paciencia no se te ha agotado leyendo estos tan mal trazados renglones, habrás de ver las trascendencias que tuvo el tumulto de la plaza de la Clínica y lo que le valió al flogístico y giboso orador su bien pergeñado discurso.

Entretanto y suponiendo que tienes afición á conocer de las cosas por su origen — *ex visceribus rei*, — te explicaré la historia del elocuente vecino de *Itis*, al que ya desde ahora no vacilo en calificar de *personaje*.

Conocíle, hace tres años — los años, en *Itis*, no tiran más de 24 horas, — en el antebrazo, bajo una prosaica cataplasma anodina, de hojas de malva y tusilago, raíces de malvavisco y lirio, y harinas de simientes de linaza y zaragatona, sazónada con estigmas de azafrán. Vióme y se ruborizó cual púdica doncella : miróme las manos y se tranquilizó, no sé si porque me vió desarmado de herramientas quirúrgicas, ó porque conoció que mis dedos, aun cuando *articulados*, no eran *anélidos* de esos que chupan la sangre de los capilares. Le toqué ; halléle caliente ; él se estremeció ; cambió de color ; púsose pálido donde mis dedos le tocaron... repúsose al instante y, volviéndose colorado como un tudesco, me dijo :

— ¿ Qué queréis, buen caballero ?

— Quiero...

— ¿ Qué queréis, vamos á ver ?

— Ver.

— ¿ Ver?... y ¿ qué queréis ver á esta hora ?

— Al bribón que en la piel mora.

— Idos, hidalgo, en malhora ?

¿ Quién pensáis que vive aquí ?

— Un bergante que encocora

Al antebrazo que paga

La visita y el saber

De un cirujano á la moda.

— Pues esto no puede ser,

Porque á mí no me acomoda.

— Tened cuidado no hagan

Con vos lo que quiso hacer

El cirujano de ayer...

— ¿ El que habló de sanguijuelas ?

— Es esto miel sobre hojuelas ;
Vendrá en pos la incisión
Y el estrujar y el lechino...
— ¡ Ay, señor, yo pierdo el tino!...
Me rindo á discreción.
— Di, pues, tu nombre, bribón,
Y además quién te engendró.
— Lo último lo ignoro yo ;...
Mi apellido es *Flemón*.
— ¡ Flegmasia del gran tejido
Sub-cutáneo areolar !
— De Flógosis soy ejemplar ;
Más franco no le ha habido.
— Eres, en consecuencia, esténico,
Propendes á supurar...
— Supurar y reventar,
Si no hay ácido fénico.
— No comprendo yo el fin...
¡ Olor que tanto incomoda !...
— Quiero tratarme á la moda :
La cataplasma es ruin,
Y aunque calma dolores
Y rebaja la tensión
Vascular, la inflamación
No mitiga sus rigores.
— Si eres inflamación roja,
Tal cosa no puede ser.

— Ahora mismo vas tú á ver
Que no es esto paradoja.
Aprende, buen Cirujano,
La nueva Etiología
Panspérmica en Flogología,
Que lo explica liso y llano.
Hay unas *noxas flogógenas*,
Venidas del exterior,
Y estas son hoy, en rigor,
Todas las causas patógenas.
Acaso el dolor amaina ;...
Mas subsisten los microbios,
Sean *ana* ó bien *aerobios*,
Que segregan la *tomaina*.
Y, bajo el húmedo calor
Que hallan en la cataplasma,
¿ Qué harán ?... Acrecentar su vigor.
— ¡ Esto es vida en otra vida !
— La lucha por la existencia.
— La nueva luz de la ciencia
De Darwin. Parasiticida
La medicación debe ser.
¿ Me libras de esta epitima ?
— No sé.
— Pues se acabó la rima.
Ve con Dios, y hasta más ver.

No sé más antecedentes del ciudadano *Flemón* ; le abandoné en la cata-
plasma, pues no supe proporcionarle el anti-séptico que me pedía, y creí no
lo pasaría del todo mal entre emolientes y anodinos.

Réstame añadir que, cuando le volví á ver, seis años — que son seis días
— después, en la plaza de la Clínica, querellándose y arengando á la plebe,
apenas le conocí : tanto le había crecido la joroba, que tantos denuestos y
atropellos le había valido. A no mediar sus prudentísimas y oportunas pro-
testas y sus elocuentes explicaciones, sus compatriotas le revientan como un
sapo ó le arrojan del reino de *Itis*, condenándole á un ostracismo perpetuo
en las montañas de *Oma*.

Pronto veremos de qué manera cambiaron los vientos para nuestro
héroe... Mas antes importa saber lo que sucedió poco después de la ruidosa
algarada de la plaza de la Clínica.

Este relato es importante y merece capítulo aparte.

CAPÍTULO III

DE CÓMO SE IMPROVISA UN MOTÍN, SE HACE UNA REVOLUCIÓN Y SE PROCLAMA LA REPÚBLICA

El lector recordará que, mientras la enardecida plebe vociferaba y ame-
nazaba de muerte á las gibas blancas, al paso que prorrumpía en exaltados
vítores en pro de las rojas jorobas, una voz de bajo y sabio profundo decía :
« *Protesto y distingo* ».

Siendo de *bajo* y de *sabio profundo* la voz, y tan *altos* y tan *locos* los gritos de la muchedumbre, ni la *protesta* ni el *distingo* fueron atendidos. Sólo á mí, que nada de cuanto ocurría podía pasarme desapercibido, me impresionó *notablemente*;... de manera que de ello tomé *nota*. É hice bien, porque de ahí vino para mí, poco después, la explicación de interesantes complicaciones que tienen mucho que ver en la trama de esta curiosa historia. Mas, para estar al tanto de todo, es indispensable fijarse en un episodio que, así que empezaba á disiparse el tumulto de la plaza, principió á desarrollarse en uno de los ángulos — pues era rectangular — de la misma.

Una vieja setentona — recuérdese que en *Ilis* los años tienen 24 horas, — avecindada en un ganglio torácico y que no fué al tumulto, sino éste á ella, conturbándole el reposo y sacándola de sus habituales casillas, con la prudencia que dan los años, visto el sesgo revolucionario que tomaban los asuntos, salió sigilosamente de su escondrijo y trató de buscar refugio en lugar más resguardado. ¿Cuál mejor, desde el sitio en que moraba, que las profundidades de la axila?

En su tránsito, pasó, sin hallar obstáculo, entre apiñados grupos de erisipelas, eritemas, escarlatinas, eczemas, pneumonias, encefalitis, conjuntivitis y corizas, que semejaban campos de claveles y amapolas, fertilizados por arroyos de exudado fibrinoso, en que se agitaban, vertiginosos y entregados á un activísimo comercio vital, millares de *coccos*, *bacterias*, *vibriones* y *bacilos*. En su lento y vacilante paso, ningún percance le avino á la pobre anciana;... ya había llegado á la tercera digitación del gran serrato y se felicitaba de estar en breve en la tranquila corte ganglionar del Franco-condado de la *Axila*, en donde hallaría la paz y el sosiego á que estaba acostumbrada y que le habían sido arrebatados en el Tórax.

¿Qué temía la vieja? ¿Por qué buscaba asilo en lugares tan recónditos? La infeliz tenía una giba blanca, dura y fría. En consecuencia, temía, y con sobrado motivo, el arrebato de las iras populares.

Un rapazuelo, que por concurrir á la plaza, había hecho novillos del colegio politécnico de *Antracita*, situado en la nuca, un rapaz, digo, rojo como el cinabrio y más agudo que la punta de un trompo, que á cada palabra escupía difteria por el colmillo, atisbó á la vieja al punto en que penetraba en la axila, al doblar la esquina del Pectoral mayor. De un brinco se le prende á la capucha aponeurótica, y con un empuje superior á las fuerzas de un adolescente, condúcela arrastrando al centro de la plaza.

La pobre no tiene aliento sino para desmayarse. Al principio, con el gesto y con las manos, suplica al muchacho que la deje en paz. Cuando más la vieja se opone y resiste, más el niño se enardece: siente la voz del patriotismo que le inflama la sangre;... ¡quiere ser un héroe!

— Vieja marrullera, en vano te escondes. Pronto se sabrá quién eres y quiénes te envían. Ciudadanos, — grita con toda la bravura de sus pulmones, ya un tanto fatigados por la violenta tracción, — ahí está la bruja, la espía de *Oma*.

Los que aun estaban en la plaza haciendo comentarios sobre los sucesos que acababan de presenciar, corrieron en torno de la vieja y el muchacho; otros, que ya se retiraban, por considerar terminada la función, vieron que se armaba una bronca y retrocedieron para acudir á aumentar el volumen y la densidad del grupo.

—Hola, *Divieso*, ¿dónde has encontrado esta beatucha? — dijo un *Panadizo* del índice.

—Le he clisado la joroba al punto en que doblaba la esquina; corro, la atrapo al subir la escalera del Serrato mayor, le tiro el gancho, le toco la giba, se la encuentro fría como mármol, se la veo de color de vinagre aguado: ... miradla, tocádsela; ... y digo: esta es de *allá!* ... Creo que la patria sabrá agradecer mi valor, mi abnegación, mi patriotismo y aun el haber hecho novillos de la escuela. Es indudablemente esta vieja una emisaria de los *Onkos*, encargada de meter cizaña entre nosotros y de espiar nuestros usos y costumbres. Ciudadanos: ¡muera la bruja!

Varias voces. — ¡Es de Oma! ¡Es de Oma! ¡A la potasa! ¡A la potasa!

Un eco inmenso y aterrador repite estas amenazas. Todos se echan en tumulto sobre la víctima: la golpean, la arañan, la patean y le destrozan los vestidos. Una gran vasija de potasa cáustica, preparada sin otra agua que la que el óxido ha absorbido de la atmósfera, es traída al lugar de la escena por dos *Páruis*, procedentes de las encías, y dos Bubones chancrosos, venidos directamente de las ingles.

—Señores: ahí está el baño. Es como agua de garbanzos, que está fría y quema, — exclama uno de los inguinales.

—¡A la potasa! ¡A la potasa! — repiten los más exaltados, llevando á la desdichada vieja suspendida de sus rotas vestiduras.

—Deteneos, — exclama un viejo fresco, cuya edad no era fácil determinar. — Respetadme y oidme. Soy el *Proceso inflamatorio*. ¿Quién desconoce aquí mi autoridad? ¿Quién podría dudar de mi justicia?

—¡Viva la Inflamación, viva la Flógosis!

Otras voces. — ¡Qué hable!

El Divieso ú otro sinvergüenza, con voz de triple. — ¡Qué baile!

—Ejerzo, como sabéis, — continuó diciendo el anciano, — las funciones de Primer Edil en toda esta comarca é islas adyacentes. *Primer Edil*, he dicho, porque esta palabra viene de *edo*, — comer, — y yo, no tan sólo doy á todos de qué comer, sino que transformo en materiales flogísticos todas las vituallas que á este reino llegan. Mi respetabilidad, mi historia y el honor de la patria, que con tanto tesón defiendo, me obligan á declarar que no permitiré que aquí se cometan nuevos extravíos. Así, pues, en uso de la autoridad que en mí reside, ordeno y mando que sea respetada la persona á quien se acusa, hasta tanto que una detenida información haya depurado la verdad de los hechos... Las apariencias pueden ser engañosas y además es preciso obtemperar las leyes.

—¡Las leyes! Aquí no tenemos leyes, — dijo un *eritema pseudo-exantemático*, habituado á hacer su santa voluntad y á apartarse de las reglas.

—Pero tenemos costumbres, — replicó el anciano, — y donde no hay ley, la costumbre tiene tanta fuerza como la ley.

—Pero, señor, ¿no le veis la joroba? Tocádsela: la tiene blanca, fría y dura. ¿No es esta la giba de los de *Oma*? Es una espía; yo os lo garantizo; yo, que la he sorprendido al entrar en la axila, para ocultarse á nuestras miradas.

—Muchacho, — dijo el *Proceso inflamatorio*, — te está manando postema de los labios y estás tan caliente que podrías arder en un candil. Cállate y que te refresquen y feniquen el pellejo.

En esto, libre ya de la presión que sobre ella ejercían los tumultuados, la asendereada vieja abre los ojos y dirigiendo lánguida mirada á su salvador, exclama: — ¡Papá, papá mío, papá de mi corazón! salvadme... ¡soy vuestra hija!

— ¿Hija mía?... No puede ser... Yo no tengo hijos: sólo tengo nietos. Todos mis hijos se han casado, hánme dado nietos y se han muerto.

— ¡No obsta!... ¡Yo sobrevivo! ¡Soy vuestra humilde hija, la infeliz privada del calor paternal!

— ¿Cómo te llamas?

— *Induración*.

— *Induración* ¿cómo?

— *Induración Flogística*.

— ¿Conociste á tu madre?

— ¡Mi madre! ¡mi pobre madre!... no me la recordéis. *Flegmasia Crónica* se llamaba. Fué repudiada, abandonada, privada de sangre y de calor, condenada, en fin, á la miseria. «Hija, me decía, algún día has de encontrar á tu padre; hoy no le puedes conocer,... porque va de picos pardos. Tu planeta es muy triste; tu porvenir desastroso. Te comprometerá una giba; te verás amenazada de muerte; te condenarán á la potasa:... todo á causa de la giba. Mira: en trance apurado, pronuncia estas palabras y serás salvada: *Mane, Thesel, Phares*».

El anciano, transido de dolor, abraza á la víctima, y entre sollozos y suspiros, exclama:

— Esta es la hija de mi corazón. Ciudadanos, respetadla, veneradla: es carne de mi carne y sangre de mi sangre.

La escena era edificante: varios de los circunstantes se asocian al sentimiento del padre y de la hija; otros se mantienen perplejos, y otros muchos, rodando la cabeza y guiñando el ojo, dan muestras óstensibles de incredulidad.

— A mí nadie me las pega, — dijo *Panadizo*.

— Se nos quiere hacer comulgar con ruedas de molino, — exclamó una *Osteo-mielitis* del fémur. — Si es sangre de su sangre, ¿por qué no enseña sangre la jorobada?

Porque no la tiene; porque no es de *Ilis*. Yo la he conocido en *Oma* y hasta sé quién es su padre: á su padre le llaman el *Tío Fibroma*.

— No es verdad; esto es una calumnia. Padre mío, protegedme.

— Orden, orden. He declarado que reconozco á mi hija en esta anciana, y á fe de *Proceso inflamatorio* que he de hacerla respetar. Ven acá tú, *Mamelón rojo*; ¿quién te enseñó urbanidad? De rodillas, ó te aprieto el *lápiz-lipis*. ¿Te gustaría á tí que te llamasen *Fungus hematodes*, porque de vez en cuando escupes sangre rutilante? Y á tí, *Osteo-mielitis*, ¿te causaría mucha satisfacción que te tratasen como á un *Osteo-sarcoma*? Señores, por Dios, tengamos *prudencia, ciencia, paciencia y decencia*, muchísima *decencia*.

Los incrédulos no se dan á partido; al contrario, buscan entre ellos alguno que sepa deshelar la palabra. *Flemón* es blanco de todas las miradas. Bajo este estímulo de su dignidad y amor propio, adelántase, se encara con el *Proceso inflamatorio* y espeta el siguiente discurso:

«¿*Ubinam gentium sumus*? ¿Dónde estamos, señores, donde estamos? ¿El esto una olla de grillos? Sois, señor Edil, la autoridad más respetable des

país; no seré yo el que falte á la veneración que inspiran vuestro cargo y vuestras canas; pero es indispensable que cada uno sostenga sus derechos y que sean defendidos los de todos los ciudadanos. ¿No se ha convenido en que la giba fría y blanca debe ser desterrada de nuestra nación, por ser enseña característica de nuestros enemigos de *Oma*? ¿Por qué, pues, vos, que deberíais darnos luz y ejemplo, osáis prohiar á esta vieja que ostenta la marca de nuestros contrarios? ¿Os han hechizado las palabras bárbaras que la muy taimada ha pronunciado? ¿O bien os halláis poseído de la *chifladura* que suele apoderarse de los viejos verdes cuando les viene en mientes una barrabasada amorosa de la juventud?

Invócase el recuerdo de la inflamación crónica;... dicese que de ella nació *Induración* y que, por consiguiente, tiene expedito el derecho de ciudadanía entre nosotros... Yo me opongo con todas mis fuerzas á semejante manera de pensar. ¿Qué tumor, qué neoplasma, no podría hallarse en el mismo caso? ¿Cuál de los *Onkos* no ha sido mecido y arrullado por la *Flegmasia crónica*? Los de *Itis* no vivimos de limosnas de sangre y calor; no nos entretenemos en estirar células, formando fibras y tejidos inútiles, que al fin se ulceran y se pierden en gangrenas y esfacelos: nosotros tenemos mucha vida, mucha sangre, mucho color y sobre todo, muchísimo ardor. Quien no atesore estas prendas no es de los nuestros... y *quis non est mecum, contra me*. Señor *Proceso*: en nombre de los fueros de la patria, os exhorto á que entreguéis á la justicia del pueblo á vuestra ahijada. Si así lo hiciereis, Dios os lo premie, sino, Él os lo demande, y además seréis responsable ante nosotros del ejercicio de vuestra autoridad... Ciudadanos: ¡viva la justicia! ¡viva la patria! ¡vivan las gibas de la sangre!»

— ¡Vivan!

— ¡Mueran las jorobas blancas y frias!

— ¡Mueran!

— Protesto y distingo, — dijo por segunda vez el *Proceso inflamatorio*.

Voces. — No se admiten protestas: ¡viva *Flemón*!

— ¡Viva!

— Ciudadanos: — añadió entre estornudos y dos raudales de lágrimas un *Sarampión* naciente, — el gran partido liberal de *Itis* ya tiene jefe. Sigamos la senda del progreso, abandonemos para siempre los gobiernos patriarcales, que conducen al despotismo y á las más feas concupiscencias; proclamemos la República federal y sea nuestro presidente el ciudadano *Flemón*.

— ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Viva la República de *Itis*! ¡Viva *Flemón*!

— Señores, — dijo *Flemón*, — agradezco vuestros votos y no sé cómo corresponder á vuestras simpatías; pero debo manifestaros que mi personalidad ha cambiado: ya no soy *Flemón*... soy *Absceso*... Si, á pesar de todo, la patria me necesita, dispuesto me hallará á reventar por ella.

— ¡Viva *Absceso*!

La inmensa mayoría se adhiere al pronunciamiento, y muchos que estaban de parte del *Proceso inflamatorio* se van también pronunciando. Todos los que permanecían indecisos, *se caen del lado de la libertad*. Sólo restan junto al viejo algunas *Adenitis* y *Angioleucitis* casi crónicas, varios *Dartros hipertróficos*, y muchas *Escrofúlides exudativas* y *tuberculosis malignas*.

Induración estampa un beso frío, pero insinuante, en la venerable frente del *Proceso inflamatorio*, y, sin pérdida de tiempo, es conducida al ganglio

torácico de donde salió, por un buen número de *Golondrinos*, que ya se escandalizaban de verla entrar en la Axila. — Señora, — la dice el sargento axilar, — quedáis arrestada en vuestro domicilio hasta nueva orden de la Presidencia. Ciudadanos : ¡ viva la República de Itis !

— ¡ Viva !

Entre tanto el *Proceso inflamatorio* recibe un pliego sellado, lo abre, y á los que le rodean, les lee lo que sigue :

PRESIDENCIA
DE LA
REPÚBLICA DE ITIS

Ciudadano Proceso inflamatorio :

En uso de la autoridad que me ha sido confiada, he tenido á bien declararos jubilado, con las consideraciones y preeminencias á que sois acreedor por vuestros méritos y servicios y con la gratificación anual de 24,000 hematíes.

Viva V. muchos años.

Flox 16 de Marzo de 18...

Tumor, Color, Dolor, Ardor.

El Presidente,
FLEMÓN.

Señores : esto es un exabrupto del liberalismo, síntesis del desenfreno de las pasiones ; aquí se ha perdido todo : el respeto á la ancianidad, el amor á la familia y el sentimiento religioso. Ya no hay derecho de propiedad ; ya no hay títulos de nobleza. El orden está en peligro. La República es la guerra, el despilfarro, el robo, el libertinaje, el vicio y la crápula. Señores : juremos por la inmaculada virginidad de mi hija D.^a *Induración*, morir por la honra de la Patria y por los fueros de la Justicia.

— ¡ Viva D.^a *Induración primera* ! ¡ Viva el *Proceso inflamatorio* ! ¡ Viva el orden y la justicia !

— ¡ Vivan !

— Señores : después de cuanto acabáis de presenciar y leer, me bastará repetir : « *Protesto y Distingo*. ». Protestaré y distinguiré.

CAPÍTULO IV
DE ITIS Á OMA

Al punto en que ví que la política de *Itis* subía á tan elevada temperatura, asaltáronme temores de que de la efervescencia resultase comprometida mi seguridad individual y concebí el propósito de huir de tan ardiente territorio extendiendo mi excursión por las próximas montañas de *Oma*.

Próximos, muy próximos, á *Itis* aparecen, en efecto, los accidentados montes de *Oma*. De cualquier punto de uno y otro país, se pueden ver hasta los menores detalles del opuesto. Los respectivos moradores, en incesante enemistad, á menudo se denuestan recíprocamente con gritos, se hacen carantoñas, se amenazan con el puño y aun á veces se tiran pedradas. Estas nunca hacen blanco, porque con todo y la proximidad, los dos países se hallan separados por una sima tan profunda, que bien pudiera llamarse abismo, y aquí, con los proyectiles, se observa el curioso fenómeno del orden físico, que prueba que la gravedad es sólo una modalidad de la atracción, fuerza cuyos resultados son proporcionales á las masas é inversos al cuadrado de las distancias: una piedra, una bala ó una flecha, arrojadas desde *Itis* contra *Oma* ó viceversa, trazan una parábola tan rápida, que cae en la orilla misma del abismo del lado de donde procede.

A mediar buena armonía entre los dos pueblos, no hubiera sido imposible un puente, por lo menos pseudo-membranoso, que los mantuviese unidos. Para esta obra, cabalmente sobran materiales en ambos países, y principalmente en *Itis*. Mas hoy no existe ninguna comunicación: ni viaductos, ni acueductos, ni hilos tèlegráficos, ni tan siquiera un telégrafo óptico.

Algunos viajeros han pretendido que entre *Itis* y *Oma* media un comercio activísimo y aún íntimas relaciones de familia; afirman que estas comunicaciones se efectúan por el intermedio de la tubería inflamatoria. Héme cerciorado de que esta opinión es errónea, y depende de una ilusión etnológica. Véñese, en efecto, en *Itis* ciertos habitantes que, á la primera impresión, parecen *Onkos*, — así se llaman los naturales de *Oma*, — y tampoco es raro hallar en *Oma* *Onkos* que tienen singular semejanza con los hijos de *Itis*. Estas analogías no son esenciales, sino puramente aparentes; pero en más de una ocasión, han sido parte á que se alterase el orden en uno y otro país, según se ha echado de ver en *Itis*, á tenor de lo expuesto en el capítulo que precede.

Justo es, pues, afirmar, en términos absolutos, que jamás un hijo de *Itis* ha pasado á vivir en *Oma*, ni lo contrario.

Para mi proyectada expedición, no hallé, pues, camino ni quien me guiara, y á punto estuve de renunciar á mi propósito; tuve, empero, la oportuna ocurrencia de consultar el caso con el *Proceso inflamatorio*, quien, ya repuesto de las emociones de la vispera, recibíome con la calma y gravedad que dan los años y la resignación en la desgracia y en el forzoso retraimiento.

— Ajeno á las discordias civiles que afligen á este país, — le dije, — acudo á vuestra experiencia y sentido práctico, en demanda de un consejo. Ardo en deseos de huir de aquí: mi espíritu no se compadece con el desorden y el tumulto; quisiera visitar la inmediata nación de *Oma*: ¿podriais indicarme la manera de encaminarme allí?

Arrugó el entrecejo el buen anciano, miróme á las pupilas con tanto escrúpulo como lo hiciera un oftalmólogo.

— ¡ Ah! aquí no hay gato encerrado, — exclamó, — vos no lleváis trastienda; vos no me preparáis una emboscada; me lo dice la franqueza de vuestro mirar, y la llaneza de vuestro lenguaje. Voy, pues, á complaceros, y de paso os pediré un servicio. De *Itis* á *Oma* no hay camino ni puente; es preciso pasar por la isla de *Trauma*. Esta es la metrópoli del grande *Imperio*

quirúrgico. En la capital de la isla, que es *Trauma Chirona*, reside el *Centau-
ro*, que impera sobre estos continentes. De aquí á *Trauma* encontraréis pa-
saje á todas horas. En *Trauma Chirona* tengo yo conocimientos de arraigo y
muy caras afecciones. Contando con vuestra reserva, os diré que yo ejerzo
autoridad, así en *Trauma* como en *Oma*; se me respeta y se me quiere mu-
cho: de ahí mis buenas relaciones. De *Trauma* á *Oma*, las comunicaciones,
aun cuando marítimas, son muy frecuentes. Muchos industriales de *Oma*
proceden de *Trauma*. En la capital de la isla hay muchos doctores, como que
es el emporio del saber quirúrgico, y no os será difícil encontrar un buen
Mentor para vuestra expedición á *Oma*. Id primero á *Oma*, y á la vuelta no
dejéis de enteraros de las particularidades de la isla y principalmente de las
maravillas de la capital. Tomad mi tarjeta; apenas lleguéis á *Trauma Chi-
rona*, haceos conducir al hospital del *Sagrado Miocardio*. Tomad un martillo,
un bloque ó un adoquín; golpearéis fuerte sobre vuestros dedos, — no ha-
gáis caso del dolor, — y al instante se os presentará un sujeto digno de
vuestra amistad é ilustración: el Dr. *Equimosis*. Huele á fenol; como no se
afeita, con pocos pelos tiene alguna barba; es más joven que viejo, y usa
anteojos montados en oro. Para él esta tarjeta. No le habléis de cirujanos es-
pañoles;... ni de los que fueron sus maestros se digna acordarse. Se codea
con los de Viena y de Berlín. Habla de corripia, y para dar lo menos posible,
se come la mitad de cada palabra. En política es conservador... de sí mismo.
No en el cruento oficio, que todas las mañanas se desayuna, no con un par
de huevos, sino con dos quistes ováricos al yodoformo, extraídos por el pro-
pio cosechero. Es una bellísima persona, que os prestará muchas utilidades.
Mi recomendación ante él os será eficaz, mientras no le digáis que estoy de-
rrotado.

Ahora viene lo del servicio que de vuestra amabilidad espero: esta misiva,
cuyo sello vuestra discreción sabrá conservar, debe ser entregada por vues-
tra propia mano al *Centauro*. No os presentéis al monarca hasta que estéis
de vuelta al país de *Oma*. Esta será la ocasión propicia para hacer entrega de
este documento.

Agradecí con las mejores frases que hallé la buena acogida que me había
dispensado el venerable anciano; prometíle ser fiel á sus indicaciones, y me
despedí tan cortesmente como supe. No sin extrañeza oí que me decía: —
«Hasta luego».

La travesía de *Itis* á *Trauma* careció de incidentes dignos de ser mencio-
nados. Tomé pasaje en una cáscara seca de cloruro de antimonio, que, sua-
vemente arrastrada por una corriente de pus *loable*, en un santiamén atracó
en la isla.

Siguiendo las instrucciones del *Proceso inflamatorio*, dirigíme sin perder
momento al Hospital del *Sagrado Miocardio*; di el consabido martillazo, y
apareció el simpático Dr. *Equimosis*, quien, vista la tarjeta, se deshizo en
agasajos, y me ofreció todo género de servicios. Concertamos para la tarde
de aquel mismo día nuestra excursión á *Oma*, en la que el amable personaje,
con gran contentamiento mío, se empeñó en acompañarme.

Como hicimos el viaje desde el Hospital del *Sagrado miocardio* al país de los *Onkos*, no lo sé. Recuerdo tan sólo que, invitado por el Dr. *Equimosis*, subí á una bonita estancia, con vistas al mar, llamado de los *Delirios*. Había un sillón ancho, muy ancho, el cual, por cierto mecanismo, se convertía en una cama bastante dura, tapizada de gutapercha, y movida con ruedas. Me senté, y luego quedé, más bien que reclinado, tendido en ella. Mi cansancio era superlativo y mis párpados de plomo. Vi entrar en el gabinete al doctor *Equimosis*; sacó de su faltriquera un pañuelo: arrollólo como un cucurucho, en cuyo hueco vertió el contenido de un frasquito que estaba en un armario contiguo al diván: apretóme el pañuelo á las narices; opuse resistencia; hice algunos esfuerzos de repulsión; dije unos cuantos disparates, y... al despertar me encontré en la Casa capitular de los *Neoplasmas*. Era éste un novísimo sistema de viajar, exento de incomodidades, y sin responsabilidad personal, por vía de la *anestesia quirúrgica*, muy usada en *Trauma*, y en especial por el Dr. *Equimosis*, siempre y cuando de sus buenos amigos se trataba.

— Compañero, — me dijo el doctor, — yo tengo que arreglar aquí algunas cuentas de honorarios; os voy á presentar á la Madre de los *Onkos*, que es la primera autoridad en este Reino patriarcal, y ella os hará conocer todo cuanto pueda interesaros en *Oma*. Aquí al lado hay una *Casa de comida* de callos y callosidades, en dondē me encontraréis, ó bien os darán noticia de mi paradero, cuando gustéis regresar á *Trauma*.

CAPÍTULO V

LA MADRE DE LOS ONKOS

Fuí conducido á una estancia de configuración muy singular. Era un inmenso laberinto de celdas y celdillas en recíproca comunicación, con tabiques incompletos é innumerables aberturas. A nada se podría comparar mejor que á una colosal esponja: columnitas por aquí, tabiques por allá, hebras por un lado, telillas por otro; en todas partes odres repletos de una materia aceitosa, que á lo mejor reventaban, inundando de grasa el departamento; en muchos puntos se veían tubos larguísimos, arrollados en espiral, los cuales, enderezándose en zig-zag, se encaminaban al exterior, para verter un líquido refrescante en la superficie. Entre las columnitas aparecían cañerías de color azul unas y de un rojo subido otras, que indudablemente estaban repletas de sangre, y en todas partes también tropezaba uno con hilitos blancos, que á buen seguro eran alambres telefónicos de la sensibilidad y del movimiento. Por último y para mayor variedad del mobiliario, veíanse de cuando en cuando pequeñísimos jarros, repletos de una materia untosa, á modo de cosmético, y unos objetos colgantes, que parecían racimos, y que, según después supe, llamábanse *glándulas racemosas*.

D.^a *Neoplasia*, — tal era el nombre de la *Madre de los Onkos*, — era una venerable matrona más que medianamente mofletuda y abollonada de pechos, que vestía una túnica bastante extraña, la cual, según la terminología indumentaria del país, se llamaba *Blastodermo*. Constaba de tres telas: una externa, llamada *ectodermo*; otra intermedia, *mesodermo*, y otra interna, *endodermo*. Más adelante diré las particularidades que noté en cada una de esas piezas vestimentarias; cosas pequeñas por su volumen, pero de capital

importancia para la industria, pues observé que la mayor parte de los materiales que la matrona empleaba para su trabajo, procedían de la una ó de la otra túnica, según era el artefacto.

Ocupábase D.^a *Neoplasia* en una labor bastante rara: amontonaba odres de grasa, formando bultos lobulosos. Cada odre, después de hincharlo enormemente, se dividía en dos, y reventaba, con lo cual se duplicaba el número de ellos, y luego cada uno de los recién formados hinchábase á su vez, reventaba y volvía á multiplicarse en la misma proporción. De esta manera iba la señora acumulando odres de grasa, formando un enorme bulto, configurado como una patata, también enorme, le envolvía en una tela, de las que en *Oma* se llaman *celulosas*, y quedaba constituido en un tumor colgajoso, que pendía de la superficie del cuerpo como fardillo del hombro de un pordiosero.

— Respetabilísima señora, — dijo el Dr. *Equimosis* al entrar, — quisiera no causar molestia á vuestra delicada atención.

— Doctor, sois muy bien venido. Vos siempre me causáis placer. Mi tarea no vale nada: estaba acabando un *Lipoma* para la espalda de este individuo. Siendo niño, se burló de un jorobado, y ahora, que ya es mayor de edad, se le castiga con la pena de llevar una alforja de grasa.

— ¿Cómo está de numerario?

— Vive del presupuesto peninsular, y pertenece á lo más granado de las clases pasivas.

— ¿Tiene renta?

— Entre renta y haber, 200,000 pesetas.

— Buena presa... Mañana le ofreceré mis escalpelos.

— Ya veis que soy buena madre.

— Sois la *Madre de los Onkos*; generosa como la *Madre de los Gracos*..

— No lo dije para tanto.

— La modestia casa muy bien con el ingenio. Mas, permitid: este, mi compañero, es el Dr. D. *Histógenes Micolini*, sabio y curioso, si los hay; será vuestro admirador y, como aspira á conocer las industrias de *Oma*, es para mí un señalado honor recomendarle á vuestra amabilidad y galantería. En cuanto á mí, con vuestro permiso, aprovecharé mi estancia en vuestros dominios para entenderme con algunos morosos.

— Sabéis que podéis disponer de mi autoridad: si son rehacios al pago, conminadles con la repululación, la discrasia y la caquexia. Aquí siempre hallaréis justicia.

— Tantas gracias; hasta la vista.

Salió á sus negocios el egregio doctor, y yo quedéme aguardando palabras de la señora, pues no me pareció discreto, ante tan empingorrotada autoridad, iniciar el diálogo.

CAPÍTULO VI

ANTESALA EN UN JARDÍN

D.^a *Neoplasia*, tan complaciente hasta aquí, sentíase atraída por la faena.

— Perdonad, — me dijo, — tengo urgencia de acabar este *Neoplasma*; voy á echarle unos cuantos vasos sanguíneos y algún filete nervioso, y estará terminado. Entre tanto, tened la bondad de pasar al jardín contiguo y

podréis trabar conocimiento con la familia *Quística*, que tiene con la mía más estrechas relaciones. Son personas decentes: no tienen malignidad, pero son alegres, y no será extraño os reciban con algún bromazo. Ahora poneos el sombrero; salid al jardín y por nada del mundo os descubráis.

Hacia un sol que cantaban cigarras en los árboles del jardín... y yo me puse á sudar el quilo. Ardía mi cabeza y el instinto me llevaba la mano al sombrero, para echar al aire mi pulida y reluciente calva. Pero el consejo de D.^a *Neoplasia* aun resonaba en mis oídos. Vacilé; no sabía que partido tomar. Excitábanme á descubrirme el calor y la curiosidad; la prudencia me obligaba á atenerme al aviso. Mi perplejidad fué vencida por los estímulos de mayor actualidad: quiero decir que me quité el sombrero.

Tal no hiciera en mi vida: una lluvia de pelotas blancas y elásticas desprendióse de los árboles y rebotaron sobre mi cuero ex cabelludo. Doce quedaron incrustadas en mi cráneo y una, del tamaño del puño, se sentó bonitamente en el lomo de mi nariz.

Excuso decir que me calé el sombrero y busqué refugio en el dintel de la puerta por donde había entrado en el jardín.

No me amilané; antes bien, sentí vivísimo contento, porque comenzaba á experimentar emociones del género que yo deseaba al proponerme visitar la patria de los *Onkos*. Esto no obstante, no me hacía gracia el apostolado que llevaba en la cabeza y sí muchísima sombra el quiste que dominaba mi nariz. Causábanme estorbo los tumores; dolor no; lo que más me afligía era el concepto anti-estético de mi figura. Acordéme del *bromazo* de que me había hablado D.^a *Neoplasia* y quedéme resignado. ¿No había hallado en mi pecado la penitencia?

En el suelo había á lo menos quinientas pelotas; fijé en ellas la atención y ví que las había de diferentes aspectos. Quise conservar muestra de cada especie y fui llenando mis faltriqueras. Tomé una de color de sangre, muy negruzca; otra transparente, como una uva blanca; otra parecía un odrecillo lleno de manteca; otra tenía todo el aspecto de almeja negra, de esas que viven pegadas á las rocas marinas; las había tan pequeñas y blanquecinas, que parecían granos de mijo; otras semejaban limazas; otras pulpos blancos, con muchas patas; otras, á más de transparentes, estaban de tal manera agachadas, que parecían ranas; otras, en fin, eran enormes, constaban de muchos lóbulos y evidentemente estaban repletas de un líquido como mucílago. Tuve curiosidad de espachurrar unas cuantas; las aplasté con el pie: saltó con violencia un chorro de un líquido, claro como agua y muy filamentosos, quedando una bolsa membranosa, rota, con algunas ramificaciones vasculares. Todas tenían una colilla, ó pequeño mango, de donde seguramente colgaban cuando estaban en el árbol.

Pensaba en retirarme del jardín, pues parecíame que ya era hora de reanudar el coloquio con la *Madre de los Onkos*; dirigí mis ojos al árbol más cercano, y en la bifurcación ví una muchachita, de cabello rubio y ensortijado, la cual, al reparar en mí, me hizo la mamola con el aire más picaresco del mundo.

Evidentemente ella era la causante de mi desgracia; ella la que, removiendo las ramas del árbol, había hecho caer las consabidas pelotas sobre mi venerable cráneo.

— Vuelve por otra, curioso, — dijo con voz de jilguero resfriado, — aquí toda imprudencia es inmediatamente castigada.

— Baja, monina, que te daré un caramelo ; baja del árbol, que te he de decir una palabra.

— ¡ Bonitamente ! Así bajaré yo del árbol, como volverás tú á enseñarme la calvera. Acércate al lago y en él podrás ver si estás guapo... No me esperaré mal sopapo si me pusiera á tu alcance.

— Nada de esto : juro tratarte bien : te daré un dulce.

— ¿ Un dulce ? No soy golosa. Hierro y yodo quisiera yo.

— Pues, mira : aquí tengo un pote de confites de protoyoduro de hierro, de la fábrica Blancard.

— ¿ Me darás de esos confites ?

— Con mil amores ; cuantos quieras.

La niña bajó del árbol, con envidiable ligereza ; pero ¡ qué desencanto el mío, así que la ví en el suelo ! Su lindo rostro contrastaba con el cuello henchido de tumores y sembrado de enormes costurones ; en sus rubicundos labios veíanse numerosas grietas ; sus orejas estaban cubiertas de costras verdosas ; era patizamba, torcida de espalda y tenía seis dedos en cada mano. Vino á mí ; la dí un par de píldoras de Blancard, que tomó con sumo gusto, toquéle la barbilla, y la dije :

— ¿ Cómo te llamas ?

— Yo no me llamo, que me llaman.

— *Linfona* ó *Linfita*.

— ¿ Y tu padre ?

— *Tubérculo*.

— ¿ Y tu madre ?

— *Flegmasia granulosa* ; es la hermana menor de D.^a *Neoplasia*.

— ¿ En qué te ocupas ?

— En invierno fabrico escrófulas y en verano hago los *quistes*, que cuelgo de estos árboles, para que crezcan.

— Toma otro confite. ¿ Como se hacen los *quistes* ?

— Haciéndolos ;... no todos se hacen de la misma manera.

— Vamos á ver, ¿ éste ? — le dije, enseñándole el ejemplar rojo de las muestras que yo conservada.

— Este es un *hematoma* ; se pincha una vena ó una arteria ; sale un poco de sangre ; se forma un coágulo ; la fibrina se condensa en la superficie y se organiza. La sangre del centro se reblandece, se convierte en *hematoidina* y es reabsorbida ; de esta manera el tumor puede desaparecer totalmente. De lo contrario, la fibrina forma un núcleo duro y se convierte en cualquier cosa ; ó bien sobreviene una inflamación, se forma pus, y queda un *absceso*.

— Muy bien, chiquilla, toma otro confite.

— Los *tumores hemáticos* no me dan trabajo para formarles el quiste : la misma sangre se lo fabrica con el primer tejido que encuentra á mano, que suele ser el conjuntivo areolar. Este otro es un *higroma* ; tampoco es de difícil confección : basta frotar entre sí, y con perseverancia, las paredes de una bolsa sero-mucosa, para que se produzca el líquido, que parece zumo de naranjas : la bolsa sero-mucosa sirve de quiste. De la misma manera se confecciona un *hidrocele*, que es este tumor tan grande de figura de pera, ó mejor, de *pero*.

— Y estos pequeñitos y blancos, como granitos de sémola, ¿qué son?

— *Comedones*: se fabrican del mismo modo que esos otros que parecen manzanas al rescoldo, y se llaman *ateromas*.

— ¿Y esos de forma de mariscos negros?

— Son *moluscos*. No sé si entenderás la manera de formarlos. Hay en la piel unos saquitos muy diminutos, de los cuales fluye ese humor untoso que da lustre al cutis, y aun á los pelos; voy yo, tapo el agujerito por donde sale el sebo, y como este humor queda retenido en su bolsita, ésta se ensancha, y la materia contenida, mezclada con células epidérmicas que se desprenden de la misma bolsa, se vuelve espesa como manteca de Flandes. Ya ves, pues, que así los *comedones*, como los *ateromas* y los *moluscos* consisten en utrículos sebáceos ensanchados.

— ¿Fabricas también tú esas gibias tan feas y blanquecinas?

— Ya lo creo; como que son *pólipos mucosos*: no tienen quiste; son foliculos mucosos abultados y repletos de un humor gleroso, retenido en sus mallas. Esos otros que parecen ranas ó mejor sapos pequeños, llámense *ránulas*, y para fabricarlas basta tapar el conducto de una glándula salival. Al instante, como el líquido que éstas segregan no puede salir á la boca, queda retenido y, dilatándose el conducto, forma el *quiste*. Con el mismo mecanismo se hace, en poco tiempo, un *galactacele*, en la glándula mamaria, un *espermatoccele*, en el testículo, ó un *quiste* de los más grandes, *mono* ó *polialveolar*, en los ovarios.

— Muy bien, *Linfita*, muy bien; ahí van tres píldoras más. Escúchame ahora un poco, y dime si te he entendido bien. De los quistes que tú elaboras, los hay que se hacen extravasando sangre: son los *hemáticos*; otros se obtienen extravasando suero de la misma sangre: son los *higromas* é *hidroceles*; los demás son efecto de la retención del humor que segregan ciertos órganos; esto es: los foliculos sebáceos (*comedones*, *moluscos* y *ateromas*), los foliculos mucosos (los *pólipos*), y los conductos excretorios de las glándulas racemosas (*ránula*, *galactoceles*, *espermatocceles* y *quistes del ovario*).

— Magnífico; pero aun no lo sabes todo.

— Dímelo todo, niña.

— En las pelotas que aquí guardas, no tengo yo ningún trabajo para formar el quiste: por esto no son *verdaderos quistes*; éstos, que también se llaman *quistomas*, son de una labor más fina, pues requieren un trabajo bastante entretenido para fabricar la bolsa. Por esto mi tía *Neoplasia*, que es la reina de *Oma*, se los reserva para su uso particular, y ó bien los coloca como un adorno, de mucho efecto, en el centro de un *Neoplasma* reblandecido, ó la sitúa entre un *Onko* y las carnes, para darle á aquél una buena almohada para el descanso.

— Ahora no me detengas más, y, si eres bueno, dame esa cajita. Corro al árbol á continuar mi trabajo. Presto, que allá se agita el follaje y es señal de que papá llega. ¡Buena tunda que me daría, si me viesé tan holgazana!

— Toma la cajita y un beso.

Corrió *Linfoma* á saltos, como un sapo, y trepó al árbol.

Yo, por mi parte, observé entre los árboles un sujeto de talle de espárrago; flaco como un mimbre, y tozudo como un tísico, que venía irritado contra la pobre niña. Ella escurrió el bulto, trepó nuevamente al árbol;... y un recio campanillazo me dió aviso de que D.^a *Neoplasia* me esperaba.